

Luis Izquierdo.

PARTIDO LIBERAL

Manque Posadas - 164 -

Grande
ESPIRITU Y ACCION

DEL
LIBERALISMO

CONFERENCIA DICTADA POR DON
EDGARDO GARRIDO MERINO, EN
EL CENTRO DE LA JUVENTUD LI-
BERAL DE SANTIAGO, EL 20 DE
NOVIEMBRE DE 1934.

TALLERES GRÁFICOS "CONDOR"

FONTECILLA 268.-SANTIAGO

1934

PARTIDO LIBERAL

ESPIRITU Y ACCION DEL LIBERALISMO

CONFERENCIA DICTADA POR DON
EDGARDO GARRIDO MERINO. EN
EL CENTRO DE LA JUVENTUD LI-
BERAL DE SANTIAGO, EL 20 DE
NOVIEMBRE DE 1934. =====

TALLERES GRÁFICOS "CONDOR"
FONTECILLA 268.-SANTIAGO
1934

PRÓLOGO

Un compatriota que regresa al país tras larga ausencia y cuyo prestigio de literato ha sido ya consagrado por la crítica y por los principales círculos intelectuales de España, es, desde luego, una promesa. Pero, si ese compatriota, además de las dotes ya enumeradas, es un liberal de sólidas convicciones y de amplio y bien cimentado criterio, es algo más: es una realidad cuyas observaciones, recogidas en lejanas tierras donde se está desarrollando en toda su intensidad el fenómeno de la trasmutación de valores espirituales y políticos, habrán de ser de un inmenso valor para los que en Chile estamos empeñados en el árduo problema de devolver a la Patria su antiguo prestigio.

Don Edgardo Garrido Merino, hombre cultísimo y de profunda versación en la historia del liberalismo a través de los tiempos, nos ha proporcionado momentos de profunda emoción y de satisfacción inmensa al dictar en nuestros salones la conferencia que hoy ofrecemos a nuestros correligionarios como un homenaje al ilustre literato y destacado miembro de nuestro Partido.

EL PARTIDO LIBERAL.



Señores:

Es para mí altamente honrosa la distinción que me ha dispensado el Centro de la Juventud Liberal al ofrecerme esta prestigiosa tribuna, desde la que tantas preclaras personalidades han dejado oír su verbo convincente y orientador.

Antes de esbozar las ideas fundamentales que habrán de formar el esquema vertebral de esta conferencia, séame dado el agradecer vivamente vuestra presencia y saludar, desde aquí, a los jefes de este partido histórico, que tan intensa y eficaz participación ha tenido y tendrá siempre en el desenvolvimiento civil de nuestra vida nacional.

Vuestro digno Presidente, don Ladislao Errázuriz, ha querido brindarme esta valiosa coyuntura para demostraros mi liberalismo. Sean, por tanto, mis palabras clara expresión de mi más íntima ideología; algo así como una sencilla y espontánea profesión de fé.

¿Por qué causa, por qué móvil ocupo hoy esta tribuna para enfrentarme con un auditorio de hombres versados en la política y en sus actividades? No puedo ni quiero entrar en materia sin declararos antes que al volver a mi tierra hube de sentir la conmoción de su realidad política y social. Hombre de estudio y de especulaciones meramente intelectuales he permanecido alejado de toda acción cívica, contribuyendo a ello mis dilatados viajes por el extranjero. Pero llega un instante de la vida, señores, en que nuestra individualidad, forjada en soledades de meditación, necesita cobijarse

bajo una tienda; en que la madurez de nuestro soliloquio requiere del diálogo, y la convivencia con los ciudadanos de un mismo temple se impone. Es la hora solemne de las definiciones.

El intelectual ante las luchas extremistas

Repito que nada tengo de político ni son el norte de mis aspiraciones las árduas luchas cívicas. Pero hay en mí un fervor liberal, un fermento de individualismo, que quisiera comunicaros, y que quizás pueda dejar en vuestro ánimo una convicción de la que yo saldré favorecido: haber visto el espíritu de un escritor en momentos de franca y abierta sinceridad.

Yo viví largos años fuera de la patria y conocí escenarios sociales agitados por la política. También me fué dado conocer de cerca a hombres que consagraron los mayores ardimientos de su existencia a los nobles ideales del liberalismo.

Y esta relación con insignes liberales, esta repercusión de los hechos trascendentales de los últimos años, no han podido dejarme indiferente. El hombre civil, el individualista que se encierra en mí, ha flameado como una bandera al golpe de los vientos contrarios.

Dictaduras y revoluciones me han salido al paso, y aunque hubiese intentado eludir todo influjo externo, mi sensibilidad no pudo abstraerse al trastorno que causaron en ella los furiosos ataques sufridos por la idea liberal.

Desde el Tratado de Versalles hasta nuestros días, la faz política de Europa y del mundo entero ha cambiado visiblemente.

Dírase que se ha desencadenado una guerra sorda en contra del liberalismo, una lucha encarnizada contra el valor del hombre como ente individual. Las dic-

laduras nacionalistas, por un lado, y el ensayo del comunismo, por otro, han intentado poner en crisis el liberalismo, y se ha conseguido en gran parte el objetivo, proclamando la bancarrota del sistema parlamentario y gritando a voz en cuello que el sentimiento liberal de los hombres ha muerto. Y no solamente las masas en rebelión — como diría Ortega y Gasset — son las que elevan barricadas en contra del liberalismo. Son los propios dirigentes de la política, los propios partidos gregarios, los intelectuales y hasta los hombres de acción, quienes se confabulan en disfavor del régimen liberal, tirando cada cual de su cuerda de derecha a izquierda, y convirtiendo la vida de los pueblos en refinería de agrias pasiones. Y es así cómo el péndulo de la política oscila hoy brusca, violenta y hasta trágicamente de derecha a izquierda, sin encontrar su centro de gravedad, que es, sin duda alguna el liberalismo, por ser el guardián celoso de las constituciones y el poder reformador que evita las violencias de las luchas de clases y las persecuciones sectarias de los extremistas.

Y el intelectual, el hombre de letras que hace de la vida que lo circunda un objeto constante de observación, se pregunta: ¿Es posible permanecer hierático e indolente ante tan desenfundada batalla, que pone en peligro las libertades conquistadas por el hombre? No, las horas son duras, de prueba, y el huracán desatado abate las torres de marfil. Por asociación de ideas, me viene al recuerdo una anécdota, que dicen ser rigurosamente histórica, de aquel trágico ensayo que intentó París en los días de La Commune, en 1871.

Un artífice, un cincelador que soñaba emular a Benvenuto Cellini, trabajaba en su estudio. Enardecido en su tarea de orfebre, cerraba los oídos al rumor de las calles en lucha, y aunque le llegaban los ruidos de la metralla y de los gritos de rebelión, él seguía imper-

térrito, aferrado a su obra. Pero, de pronto, un obús estalla contra su ventana y los fragmentos de hierro se esparcen en su vivienda. El hombre, despierta de su sueño, sacude su santo egoísmo, y poseído de la realidad coge una espada de una panoplia y sale a la calle a dar pecho a la pelea. ¿Contra qué, contra quiénes? El lo ignora. Lo único que lo impulsa, es una fuerza ciega, superior a todo raciocinio, es el afán de luchar por su paz, por su serenidad, que las ve en trance de zozobrar.

Así, también, nosotros los intelectuales, señores. No podemos encerrarnos en nuestra biblioteca, hacer con los libros murallas de cartón que nos cierren el paso a la realidad, viva, caliente y bullidora como sangre manando de una arteria rota. No podemos pulir una frase ni cincelar una obra del espíritu, sin tener la inquietud del momento presente que se nos infiltra, a cada instante, amenazando nuestra mayor riqueza: la individualidad.

Biología de los idearios políticos

Todo lo que se fragua en el mundo, en estos años postreros, va encaminado a destruir los derechos del hombre. Un despotismo pretoriano o soviético intenta despojar a los ciudadanos de hoy de sus más preciadas libertades. Y se alzan calumnias en torno del liberalismo, y se echan paletadas de tierra sobre una fosa abierta para enterrar viva su incomparable doctrina. Y hasta pensadores, tratan de desorientar a las juventudes con el señuelo de nuevos credos, en los que todo sentimiento civil, o sea individual, se sacrifica en aras del Estado, convertido en Moloch insaciable. ¡Y todos, enturbiados por falsas ideologías libertarias, cogen velas para asistir a los funerales del liberalismo!

Pero, yo digo, y en esto me acompañaréis: El liberalismo puede sufrir momentáneos eclipses en ciertas

zonas políticas del mundo, pero no ha muerto. Por el contrario, está vivo y latente, como la brasa encendida bajo las cenizas aparentemente yertas. Y de estas luchas saldrá, en breve plazo, más fortalecido. Sí, porque el liberalismo no es tan sólo una bandera política, que puede desaparecer con la trasmutación de valores. El liberalismo, es una expresión biológica del hombre, es algo consustancial a su espíritu, es un sentimiento radical, dando a esta palabra su acepción exclusivamente etimológica, es decir de raíz. Sí, porque en la biología política, en la ciencia vital de los idearios, se definen, como lo han observado grandes sociólogos, únicamente dos doctrinas que emanan del temperamento humano. Puede, por ello, colegirse que existen solamente dos partidos-tipo, inconfundibles: conservador y liberal.

Los idearios políticos, aplicándoles libremente el punto de vista biológico, en su más amplio concepto, se escapan a las leyes estrictas de la morfología, pues por encima de su organización filosófica y moral, hay además de su estructura, una actividad de organismo viviente, en marcha, y sujeto, por tanto, a los cauces generosos de la evolución.

Yo no pretendo, señores, ahondar, en tan rápida disertación, problemas que requieren la palabra del pensador. Me he situado, frente al liberalismo, desde dos puntos de vista, que están al alcance de mis facultades: uno, objetivo, como observador; el otro, subjetivo, como hombre que reflexiona. Y nada más.

Pero ya que el tema sale a nuestro encuentro, permitidme recordar que el liberalismo es viejo como el mundo. La libertad de conciencia es su culto, y por la soberanía del "yo pensante" bebe Sócrates la cicuta.

Su mismo nombre emana de la más bella palabra creada por el hombre: Libertad. Libertad de cultos, de opinión, de imprenta, de cátedra, de comercio espiritual

y material entre todos los seres, son conquistas logradas bajo su doctrina. Y todo esto, que ha costado nobles esfuerzos, se ve amenazado ahora por los nacionalismos feudales y los socialismos integrales. Los hombres hablan hoy la lengua del egoísmo, se encastillan las naciones tras barreras aduaneras, engendrando el misoginismo económico, y acentúan la política dictatorial que deforma los principios inalienables de la individualidad.

Cristo, libertó al mundo del paganismo y de las cesáreas prácticas de su época, creando en torno suyo una democracia de pescadores. En la Iglesia, hay doctores que exaltaron la individualidad como valor esencial del alma humana. Entre ellos, San Agustín sustentando su teoría del libre albedrío, claro está que iluminada por la justicia original.

Y para no apartarnos de nuestro punto de observación, volvamos la mirada al siglo XVIII, y encontraremos que los enciclopedistas, los ideólogos como Condorcet y otros, hacen deducir la constitución de los pueblos y las leyes sociales de los dictados de la razón pura y de la naturaleza del hombre.

Conservadores y liberales. He aquí las dos inclinaciones biológicas, más claramente definidas. En la Edad Media, güelfos y gibelinos; en los comienzos del siglo XIX, negros y blancos, y hasta hace poco, en nuestra propia América, en el Uruguay, marcadas las dos tendencias por dos colores opuestos: blancos y colorados.

Ambas orientaciones marcharon de antiguo en contraposición, pero hoy, con la transformación de la vida política, conservadores y liberales van quedando enmarcados en la tradición, es decir en el campo de las agrupaciones históricas.

Al liberalismo, preconizado por Aristóteles, se opone hoy el comunismo, cuyas más viejas raíces, las halla-

ríamos en Platón. ¡Nihil nove subsole! La comunidad descrita por el filósofo griego anula la familia, como célula social, para endiosar el Estado.

Y esto es lo que alarma nuestras conciencias y nos exige una afirmación íntima de nuestro sentimiento liberal o individualista. El comunismo no hace sino desbaratar las conquistas de la revolución francesa. Es la contrarrevolución. Es el Estado absorbiendo al ciudadano. Son los derechos estatales anulando los **derechos del hombre**.

He querido subrayar esta impresión del intelectual ante las luchas extremistas.

El hombre que vive por y para la observación del documento humano, quieras o no quieras, afirma su individualidad en una base de acendrado liberalismo. Es independiente, rebelde a la asociación, aunque sea social, y por ende rechaza todo influjo extraño que emane de un Estado, regulador de sus pasos y pensamientos.

Y nada que rebaje tanto la espiritualidad de su ambiente, y enrarezca el aire que afluye a sus pulmones, como la enardecida, sorda y materialista lucha de clases.

El derecho será del más fuerte. Y todos los caminos, que se sigan en pos de esta divisa, serán caminos de violencia.

La lucha, así entablada, a espaldas del sentido liberal, apasionada y sectaria, se torna agria y cruda.

Desaparece el individuo como ente racional y surge el **homo homini lupus**, o sea que el hombre es el lobo del hombre. Y todo ello bajo la careta de Estados dictatoriales que anulan la individualidad y cercenan las iniciativas personales.

Estamos en la época de los Gobiernos fuertes, se nos dice. La revolución social está en marcha. Y no sin pena, volvemos los ojos en torno, en circunvisión atenta, de estudio, y sólo vemos el entronizamiento de

regímenes, en los que el hombre ha perdido sus facultades individuales.

Contenido ético de las doctrinas liberales

Es preciso inculcar en las juventudes liberales una idea definida y clara acerca de los principios y doctrinas del liberalismo. Es necesario contrarrestar la acción de todas aquellas agrupaciones que, bajo programas altruistas de reforma social, encubren una amenaza para el individualismo. Y a fin de conseguirlo se hace indispensable que la propaganda en tal sentido tienda a dar una idea meridiana, desnuda de abstrusas premisas, sobre la amplitud extraordinaria del liberalismo, pues ningún credo político ofrece mayor registro ideológico.

El derecho es un producto de la voluntad del hombre, puesto que el principio filosófico que informa el ideario liberal establece que la razón individual es absolutamente libre. Se ha dicho que el liberalismo tiene filiación racionalista, y en verdad la tiene al preconizar, según la fórmula kantiana, que el derecho es la fuerza, pues no olvidemos que el filósofo alemán funda el orden jurídico en la libertad exterior del hombre. Y esto es un punto interesantísimo. El individualismo no excluye el interés social. La etimología del liberalismo es la libertad, pero como la libertad sin ley cae en la anarquía, se crea la autoridad y el derecho, de lo cual se desprende el civilismo que tiende a someter todas las instituciones a las unidad del Estado.

El sentido ético del liberalismo surge, como todos sabemos, de los derechos del hombre, cuya declaración se hizo en la Convención de 1789, estableciendo que "todos los hombres son iguales por naturaleza y ante la ley".

La supremacía del Poder Civil ha sido juzgada de

cesarismo y combatida, pero la generación del Estado como régimen supremo no es sino un triunfo, y esto hay que subrayarlo, de la idea del hombre liberal en su acepción de independiente, pues el Estado convertido en agrupación humana, es decir en comunidad civil, viene a conservar dentro del organismo social una característica esencialmente libérrima, o sea independiente de todo influjo. Esto, como se ve, no es cesarismo sino un derecho del hombre reflejado en el régimen civil, lo que viene a reafirmar una conquista evidente y palpable de la revolución francesa.

El Estado conserva así una estrecha ligazón con los individuos, y no trata de absorberlos, despojándoles de sus fueros civiles.

Se tiene entendido que la política es una ciencia moral, en cuyo seno caben las orientaciones sociales y jurídicas. El liberalismo apoya sus cimientos en bases éticas incontrovertibles. Prueba de ello es que no transige con los regímenes absolutistas y se convierte en el más celoso custodio de los principios constitucionales. Todo poder que se entronice sin que el pueblo participe en la cosa pública, es absolutista o dictatorial. Cuando el Estado no puede gobernarse por una democracia representativa, surge la dictadura. El confusionismo ideológico, las banderías, las ambiciones personalistas, tienden a disgregar el conglomerado civil y entonces se produce la anormalidad. El liberalismo, que persigue la unidad del Estado y que lucha siempre, a fin de que éste ejercite su soberanía legislando o eligiendo los representantes del país en parlamentos que le secunden, es esencialmente democrático, y por tanto constituye, desde el punto de vista de la moral política, el sistema más racional, pues en todo momento fomenta la individualidad y por añadidura el civilismo.

Hé aquí un bello tema en perspectiva. No puedo

menos que detenerme en él unos instantes. Puede afirmarse rotundamente que las doctrinas del liberalismo son fuentes de ciudadanía y afirmación de la individualidad. Para analizar, aunque brevemente, estos beneficios de orden ético y social, es indispensable recurrir a las comparaciones.

Veamos el liberalismo frente al comunismo. El hombre, por condición innata, tiende a obrar según le aconseja su propio albedrío y no de concierto con la colectividad. Aquí, el liberal. Es un sofisma manifiesto pretender que el individuo se someta voluntariamente al Estado, en declinación absoluta de su personalidad, pues nadie deja de comprender que la agrupación no es una entelequia que obra por sí, sino que está regida por la idea predominante, beneficiosa o no, de uno o de más hombres.

El individualismo nos enseña que el individuo debe ser el objetivo de toda colectividad. No excluye el solidarismo ni la intervención del Estado, prueba de ello es que ha colaborado siempre en la legislación obrera, que se encamina a defender al individualismo.

Es preciso afirmar que los liberales, ya desde el poder o bien desde la oposición, jamás han dejado de cooperar en la gestación de leyes de beneficio social. El liberalismo ha contribuido con ahincada preocupación en el mejoramiento de la vida obrera, y ha luchado por la mejor inteligencia entre el capital y el trabajo.

De la crisis económica mundial ha querido culparse también al liberalismo. Y es todo lo contrario. Esta crisis, consecuencia de la conflagración europea, de las ingentes deudas de guerra, del maquinismo y la superproducción por ella desarrollados, y de los nacionalismos en exaltación, está demostrando, que se debe en gran parte al apartamiento de los gobiernos de las prácticas señaladas por el sistema liberal.

Podemos afirmar que la política inquieta y la inestabilidad de los gobiernos, es la que trae por consecuencia el caos económico. Y también que una mala economía provoca el desacuerdo entre los partidos y los elementos gobernados.

Con razón, el barón Louis, ministro de Luis XVI decía a su rey: “Dadme una buena política, que yo os daré unas buenas finanzas”. Y si invertimos la frase, alfa y omega de la cuestión, podríamos recordar que nosotros hemos visto de cerca su aplicación en el terreno de las amargas realidades, a causa de las dificultades de índole económica.

La doctrina liberal, como todos sabemos, establece además que el individuo debe ser el único agente del movimiento económico porque nadie como él conoce su verdadero interés y está más capacitado para realizarlo. Es la política del “dejar hacer”, que coloca al hombre en una atmósfera de absoluta independencia.

De la suma de individualidades en libre ejercicio de sus facultades, nace la armonía social o sea el espíritu natural de la colectividad. Quesnay sostiene, con razones fundamentales, que en la economía política funcionan leyes naturales. Estas leyes, actuando libremente, reportan mayores prosperidades, mientras los gobiernos sólo pueden refrenarlas y estorbarlas. Es por esto que al liberalismo puro le repugna todo extremismo, todo gobierno dictatorial llamado a deformar las inclinaciones naturales del individuo, prejuzgando sus facultades y marcándole rumbos que atentan a su libre albedrío. El individuo consciente es apto para distinguir y desarrollar su interés personal. Queda, por tanto, la intervención del Estado limitada a los casos en que la acción individual es imposible.

Stuart Mill protesta, y no sin razón, cuando se atribuye al liberal la condición de egoísta. Nada de eso. El

individualismo, como fuente de civilidad, no excluye en absoluto la simpatía colectiva.

Hay un principio inolvidable, que atañe al individualismo: se ha dicho que el individuo es el mejor juez de sus intereses, y por ello hay que dejar a su cuidado la elección de su propio camino. De esta premisa arranca la teoría de la orientación y de la selección electiva. Y contra esta condición libérrima del hombre, va el comunismo. El Estado absorbente deforma con leyes obscuras las leyes naturales de la vocación. El maravilloso laboratorio de lo subconsciente está reemplazado por un manojito de disposiciones y pragmáticas de carácter aparentemente científico. Así consigue su propósito, que es moldear el cerebro de las nuevas generaciones. Pero ello no hace sino matar el libre impulso de la individualidad, lo que trae por natural secuela la consunción de los pueblos. Una minoría gobernante, no puede reflejar en potencia todo el dinamismo que emana de miles de individualidades en concierto. El Estado manda, regula, ordena, da carreras y oficios, pone cortapisas al pensamiento, influye en las ideas, mide y racionaliza. Y el gobernado, pasivo, sin iniciativas, termina, claro está, por ser un ente impersonal. Sin fuerzas creadoras.

El individualismo es fuente de libertad: libertad aplicable a todos los actos de la vida económica, en el trabajo, en la concurrencia, libertad de cambio, de negocios, de producción. Y gracias a las doctrinas liberales el Estado no interviene sino cuando la necesidad ha sido demostrada específicamente.

Todos estos principios, desde la post-guerra, han sido y son conculcados. El trabajo en muchos países no es libre; el nacionalismo ha tomado perfiles feudales; las divisas monetarias están poco menos que encarceladas dentro de las fronteras, los aranceles se alzan

como infranqueables valladares. En una palabra, la vida se ha hecho difícil, cerrada, antidemocrática y egoísta.

Y todo ello por sustentarse doctrinas de nuevo cuño con las que se amenaza escamotear al individuo, siendo que es una paradoja el ir en contra del individualismo, ya que todo régimen absoluto engendra un conjunto de hombres personalistas que quieren imponer a sangre y fuego sus ideas.

Y he aquí cómo el individualismo, admirable desde el ángulo visual de los liberales, es todo lo contrario cuando degenera y se descompone en personalismo.

El liberalismo en el Siglo XIX

Interesante es, señores, ya que estoy disertando acerca del espíritu de las ideas liberales, recordar la preponderancia que ellas tuvieron en el transcurso del siglo XIX.

No puedo menos de apuntar que León Daudet, al denominar **siglo estúpido** a la pasada centuria, no hizo sino definir su condición de reaccionario ante una evidencia indiscutible.

El siglo XIX es grande, porque en él se trabaron las mayores contiendas y se libraron las mejores batallas liberales. Yo le llamaría el siglo liberal, por excelencia.

El liberalismo tiene en cada país de Europa diferentes matices.

En Inglaterra, surge de las primeras luchas entre la Corona y el Parlamento. Rebrotó cuando Lord Grey, después de la reforma electoral de 1830, se enfrenta al partido conservador, o sea el de los **torys**. Russell, Gladstone, son figuras inolvidables del liberalismo inglés. Durante la era victoriana, o sea el largo gobierno de la Reina Victoria, el espíritu liberal predomina en

la Gran Bretaña. Es un Estado monárquico, esencialmente democrático y parlamentario, ofreciéndose de modelo a las demás naciones europeas. El liberalismo inglés, está encarnado, sin duda alguna, en la Great Charter, (Carta Magna). Esta carta fundamental no es orgánica, no está apoyada en un documento único, como en la generalidad de los países, sino que está articulada también en las Actas del Parlamento. Puede decirse que la parte no escrita está basada en las tradiciones y principios de las instituciones. La costumbre hace la ley. Y el inglés, a fuer de liberal, respeta las leyes tradicionales, pues sabe que su libertad personal, es la órbita de su personalidad deslizando en la de otros individuos. Y de esta conciencia, de este respeto, florece el sentimiento amplio y generoso que caracteriza a los súbditos del Reino Unido en su roce ciudadano, en su vida de relación.

En Francia, hasta en la propia corte de Luis Felipe, vemos actuar liberales notables como ser, entre otros, el conde de Montalembert, que expresa la fórmula del liberalismo moderado con aquello de la Iglesia libre en Estado libre.

En Italia, Cavour lleva igual idea al terreno político. Es el momento glorioso de La Joven Italia, cuando los **patriotas** invocan la unidad itálica. Al liberalismo se debe aquella obra de unidad política que ha hecho grande al pueblo italiano bajo la monarquía de Saboya.

Y en medio de las luchas de la unidad, que retrotrae a los tiempos de güelfos y gibelinos, destacan dos magníficos poetas civiles. Leopardi, el poeta atormentado y contrahecho, que arde en fogoso sentimiento cívico, y más tarde el gran Josué Carducci que ofrece su lira de bronce a las gestas más vibrantes de la ciudadanía italiana.

Y si volvemos la mirada a España, nuestra gení-

tora en cuanto a raza y lengua, encontramos que su liberalismo está arraigado a las páginas más brillantes de su historia. Los propios comuneros de Castilla, deben de ser juzgados como arquetipos del liberalismo. Ellos se alzaron en nombre de las libertades contra el Estado absolutista. En el patíbulo, Padilla, Bravo y Maldonado dieron la flor roja de su sangre en holocausto al nacionalismo castellano. Fué la voluntad popular frente al arbitrio del Estado.

El nacimiento de la política liberal en la península surge después de la guerra de independencia y en defensa de la Constitución de 1812, abolida por Fernando VII. Se divide la España política en liberales o negros y en realistas o blancos, es decir en partidarios estos últimos de las prerrogativas del Rey. El influjo de la masonería francesa es manifiesto en este florecimiento liberal. Riego, Torrijos, Mariana Pineda, caen víctimas de sus ideales. El fusilamiento de Málaga, los sucesos sangrientos de la villa y corte, las asonadas callejeras, empañan con humo de pólvora esta clara alborada. Recordemos a Mariana Pineda, como a una figura novelesca. Flor de romanticismo, a través del tiempo y de la leyenda.

Ella ampara a los liberales, y gracias a su valentía logra salvar la vida de su primo, que se encontraba en capilla para ser ajusticiado, haciéndole huir de la prisión disfrazado bajo un hábito de fraile. Se la detiene, se la procesa, y se la arrastra al cadalso, condenándola por el hecho de haber tenido oculta en su hogar una bandera liberal, en cuya morada seda sus propias manos bordaron las palabras: *Ley, Patria y Libertad*.

Tras la lucha de persecución, los realistas oyen el grito, tan ominoso para los liberales, de ¡Vivan las cadenas!, con el que un pueblo, desorientado y sometido, saluda el absolutismo de Fernando VII, partidario del

Gobierno fuerte no supeditado a partido alguno y que se denomina a sí propio del **despotismo ilustrado**.

Olózaga, como jefe de los liberales progresistas; Sagasta, de los liberales fusionados, y después Canalejas acaudillando a los liberales demócratas, son figuras dignas de rememoración.

Una tarde, Canalejas el gran liberal, a pié como simple ciudadano, se detiene frente al escaparate de una librería de la Puerta del Sol y cae bajo una bala asesina. Y con la muerte del jefe, se divide su partido en tres fracciones que han subsistido hasta el advenimiento de la República. Los liberales históricos, capitaneados por el hábil político don Alvaro de Figueroa, conde de Romanones; los demócratas, por García Prieto, y la izquierda liberal por Santiago Alba, actual Presidente de las Cortes españolas.

Y ya que he recordado, en cuatro rasgos, las figuras del liberalismo hispano, no puedo menos que citar a tres hombres que han revelado por sus obras y por su acción ciudadana un profundo sentido liberal. Me refiero al ilustre escritor don Miguel de Unamuno, al pensador Ortega y Gasset, y al ensayista y médico Gregorio Marañón. Todos ellos han contribuido a la caída del régimen monárquico y han colaborado ideológicamente con la República, pero, zaheridos en sus sentimientos liberales, tardaron poco en volver a su silenciosa y fecunda vida de escritores, apartándose un tanto asombrados de lo que puede la ola de la demagogía, cuando la marea social la empuja, roto ya el equilibrio de las ideas contemporizadoras.

Para mí, no hay en Europa, hombre más representativo, más esencialmente liberal que don Miguel de Unamuno. Tan individualista, que no hay quien lo iguale. El mismo se proclama el hombre más joven de España, pese a su senectud, y es porque su temple ante

la vida es siempre combativo, siempre inclinado a la justicia y a la libertad. Unamuno es liberal, en el más amplio sentido biológico. Y es por ello que le duelen las vicisitudes de la España presente, hasta el punto de hacerlo volver a su retiro casi monástico, claustral, de la Universidad de Salamanca.

La independencia de Unamuno, se puede retratar en una valiosa anécdota. Al ser elegido diputado y presentarse en las Cortes, alguien le preguntó de qué partido era, y él respondió casi perplejo:

—¿Yo? ¡Del mío...! ¡A mí me eligieron por Unamuno!

Y en verdad de verdades, es tan individual, tan señero, tan insociablemente social, valga la paradoja, que su ideal sería fundar un partido en el que él fuese jefe y soldado, a la vez, sin más participación ajena que pudiera enturbiar sus ideas de libertad moral y civil. Su pluma, admirablemente cortada, ha censurado muchas actuaciones del gobierno republicano, como ser la expulsión de los jesuitas, depositarios en gran parte de la cultura española, la transformación de la bandera nacional y la persecución religiosa que alentó en las masas populares, degenerando en la quema de iglesias y conventos.

Yo he presenciado estas luchas de la España republicana, y debo recordar un detalle que pinta las intransigencias del extremismo.

A la declaración de que España no era católica, las derechas respondieron con una abierta manifestación de su amor por Cristo, viéndose por las calles a todas las damas luciendo sobre el pecho la imagen del Crucificado. A esta justa exhibición de los católicos, respondieron los socialistas, obreros en su mayor parte, presentando sobre su traje azul de faena un demonio bordado en lana roja. Demostración gráfica de cómo las

ideas oscilan hoy entre Roma y Moscú. De Cristo a Satanás.

Resurgimiento liberal en apoyo de la democracia

Ahora, señores, para terminar esta disertación, quiero recordaros que el liberalismo ha influido grandemente en el desarrollo de las instituciones, en toda la América española. Así también en la patria de Washington. Sin él no hubieran conseguido los Estados Unidos su libertad política. Francia apoya este movimiento. Y allí está uno de los redactores de la "Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano", el incomparable Lafayette, que ofrece el concurso de su espada y con ella apadrina el natalicio de la gran República del Norte.

Las logias y el espíritu del liberalismo europeo, en acción privada y pública, infiltrado en hombres enamorados de la libertad, cooperan al advenimiento de la liberación americana. Miranda, O'Higgins, San Martín, Sucre, reciben las inspiraciones del espíritu liberal. Y así se inflama el sentido civil de aquellos patricios del Continente. Puede decirse, y creo no caer en exagerada metáfora, que la cuna de la independencia de nuestra América fué mecida por la mano generosa del liberalismo.

Yo creo, con fé inquebrantable, que el mundo político buscará el fiel de la balanza y encontrará su centro en las sanas doctrinas liberales. Liberalismo y democracia son sinónimos. Herir al uno es herir al otro. Si algún matiz puede distinguirlos es que el régimen exclusivamente democrático, cuando se organiza en poder, toma en cuenta tan sólo el derecho; en cambio, el liberalismo aprecia la mayor capacidad. Cedazo de elección que busca el Gobierno de los más preparados, evitando así el Gobierno del pueblo por el pueblo, que preconizan los partidos acentuadamente demócratas.

Por algo está el liberalismo basado en el principio

de la individualidad, pero dándole por razón del conocimiento su jerarquía, pues no hay que ceñirse al pié de la letra, sin restricciones ni matices, al apotegma de que "los hombres son iguales por naturaleza y ante la ley".

La frase declaratoria de los Derechos del Hombre, descarnada y gráfica, se filtra a través de las experiencias del tiempo y se modifica en el sentido de que esa igualdad es de carácter humano y jurídico, pero no incontrovertible en lo que atañe a las prácticas de la vida civil.

El liberalismo debe, pues, resurgir en apoyo de la democracia y para ello se impone una acción decidida y franca. Gobernar es el resultado de una transigencia entre el pasado y el presente. Esta crisis de la política en el mundo debe ser conjurada, pues se están abandonando las conquistas históricas y se desarrolla con la lucha de clases una hostilidad abierta por las más heroicas adquisiciones de la tradición. Es necesario educar al pueblo en la transigencia, y hacerle olvidar los procedimientos violentos a que le han habituado las dictaduras y regímenes absolutos.

Creo que los liberales, únicamente, pueden realizar tan bella obra de democracia. Buscar las fórmulas de convivencia, es decir la normalidad, el equilibrio político.

Estamos presenciando en el mundo entero una pugna dramática entre derechas e izquierdas. Esto trae por lógica consecuencia un estado pasional, al rojo vivo, y deriva casi siempre en persecuciones. Y aquí tenemos un hecho paradójal. Los perseguidos, ya sean nacionalistas exacerbados o bien soviéticos demofedores, hablan de su derecho a la acción, a propagar sus ideas libremente en asambleas y periódicos, a pensar en voz alta, con absoluta libertad.

Así discurren los extremistas, y lo curioso es que

ellos, los llamados a dominar por la fuerza, por el imperio de la violencia en la mayoría de los casos, emplean la dialéctica liberal, acudiendo a las expresiones de nuestra doctrina. Hablan de la libertad, la invocan en su auxilio, y caen en el individualismo; recuerdan el espíritu de la ley, y con tal actitud no hacen sino reclamar la protección del Estado liberal.

De estas incongruencias hemos presenciado muchas en el decurso de las agitaciones políticas de Europa, y también de nuestra América.

El liberalismo de ayer, señores, no es el de hoy. Recordemos que los liberales ingleses tuvieron siempre por divisa que todas las formas de régimen son mutables cuando han dejado de ser útiles para el bien público. Hay que marchar de acuerdo con nuestra época. No se olvide que la doctrina del partido está inclinada a la obra reformadora.

El progreso no se logra a saltos, y las revoluciones, en la mayoría de las veces, son fracasos rotundos. Casi siempre, por exceso de violencia, la semilla se malogra.

El respeto a la Constitución, a las leyes, no excluye una política de evolución, lenta y segura. Y a ello, deben tender nuestros esfuerzos. No olvidarnos, en momento alguno, que la enseña es reformar y construir.

Alienta en todos los ánimos el convencimiento de que hay que buscar nuevas orientaciones. A la juventud le corresponde, ahora, en aras de la grandeza nacional, desarrollar en la vida de la paz — que es tierra fecunda — el plan de acción que requieren las ideas del liberalismo para su resurgimiento. Y así veremos cumplidas, en plazo no lejano y para bien de los hombres que aman la independencia del espíritu, los anhelos siempre altruistas de la doctrina liberal.

He dicho.